

~ Reseñas ~

LEÓN FELIPE. *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña. Poema trágico español*. Ilustraciones de Emiliano Gironella Parra. El Colegio de México, 2013.

Celebra El Colegio de México el 75 aniversario de la fundación de La Casa de España con una nueva edición de *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña. Poema trágico español*, de León Felipe, que en 1938 supuso la primera publicación de esta institución, en coedición con el Fondo de Cultura Económica. En 2008, y por tanto antes de la edición que nos reúne, El Colegio de México ya había reconocido al poeta español, publicando una edición facsimilar de todos los libros de poemas que León Felipe había dado a conocer en su Casa —incluido el de *El payaso*—, precedidos por un completo estudio de Adolfo Castañón y por una viñeta de Elvira Gascón que representa a un León Felipe con la cabeza sembrada de plantas en lugar de pelo, de la cual parecen derramarse estrellas sobre sus propios hombros.

El ejercicio de reseñar esta nueva edición de *El payaso* entrañaría un aparente anacronismo si no fuera porque la realidad de Europa, salvando la distancia de la Guerra Civil española y del gran conflicto mundial que se avecinaba antaño, tiene ciertos rasgos analógicos con la actualidad: el empuje exterior de Rusia, la preponderancia de Alemania hasta el punto de socavar con sus medidas económicas las soberanías de los países del sur —entre ellos España—, la pérdida del liderazgo intelectual de Francia, la ausencia absoluta de Inglaterra, ese “pescador de caña” al que retrata León Felipe. Además, la poesía de León Felipe no es tanto una poesía social cuanto una poesía de la conciencia, por tanto su vigencia es perenne —como

las plantas que Elvira Gascón dibujó en la cabeza del poeta— y se derrama en forma de luz —de estrellas— sobre todos los hombres.

En la portada de la primera edición de *El payaso* podemos observar una ilustración en la que una suerte de nuevo don Quijote, aunque vestido de arlequín, pretende con una lanza cortar el sedal de una caña, con la que un personaje de frac, pipa y sombrero inglés, que da la espalda, intenta pescar. Esta ilustración, junto al detalle de una lanza y una caña entrecruzadas en la contraportada, son las únicas dos que contiene la primera edición. Por el contrario, la de 2013 se trata de una edición ilustrada por Emiliano Gironella Parra, relevante artista plástico mexicano. Además de las ilustraciones, debemos destacar, por su radicalismo, el diseño y la composición del libro, que corrió a cargo del tipógrafo mexicano Cristóbal Henestrosa, quien cuenta entre sus méritos haber desarrollado durante 2006 y 2007 la primera familia tipográfica mexicana pensada primordialmente para componer libros. A él debemos responsabilizar de la decisión de la impresión a dos tintas y, sobre todo, de la selección de la familia tipográfica Preissig Antikva para toda la edición; quizá también de la calidad del papel —al tratarse de uno ligeramente granulado, de alto gramaje, que favorece la impresión tanto de las ilustraciones como del texto— y de su tamaño, aunque pensamos que tal vez se vio obligado al mismo por la inercia de las ilustraciones de Gironella y por el alto puntaje empleado en los tipos de los títulos de los poemas y en el número de cada una de las páginas. La sensación, ante el libro, de tratarse de una experiencia radical, así como el talento y la profesionalidad de Emiliano Gironella Parra y de Cristóbal Henestrosa, nos hace intuir que ninguna de las decisiones que se han tomado a la hora de componer esta nueva edición de la obra de León Felipe es arbitraria. Esta intuición, por tanto, nos fuerza a un diálogo permanente de la obra del poeta castellano con la de los artistas plástico y tipográfico mexicanos, desde el punto de vista de la écfrasis, es decir, en cuanto a la relación que mantienen las imágenes y el diseño de las palabras con la literalidad y el significado de la obra.

Como adelantamos, uno de los aspectos que más destaca en el libro es la arriesgada selección de la familia tipográfica Preissig An-

tikva. Quizá no sea casualidad en la selección de la misma el hecho de que su creador, el checo Vojtech Preissig, fuera apresado por el ejército alemán nazi por ser miembro activo de la resistencia checa y colaborador de la combativa revista *V boj*. Preissig, que había tenido una formación artística influida por el Art Nouveau, falleció en 1944 en el campo de concentración de Dachau, solo un año antes de que este fuera liberado por las potencias aliadas. La presente edición prácticamente emplea todas las variaciones tipográficas de la familia. Donde mejor se puede apreciar el estilo de esta creación es en la Preissig Antikva Bold Italic empleada en los títulos de los diferentes poemas de *El payaso*. La sensación es precisamente la de haber sido escrita a mano con un trazo irregular y exagerado, como si la expresión fuera una necesidad que escapa a todo orden racional; por eso, el lector encuentra el acomodo tipográfico ideal al tono de León Felipe cuando afirma: “Queremos orden, ¡orden!, dicen los mercaderes y los fascistas. . . ¿Queréis orden? Nosotros queremos justicia; y la justicia nos dará el orden. Justicia hay que pedir y no orden. El orden no es más que una consecuencia de la justicia”. El diseñador, además, lejos de mostrarse tímido en su decisión, exagera el tamaño de los títulos y de los números de página —los primeros en color rojo y los segundos en negro—, de tal forma que el lector puede apreciar con detalle la estética de esta tipografía de origen checo. Por tanto, las cajas tipográficas destinadas a los versos de León Felipe se ven constreñidas por el tamaño radical de los títulos de los poemas y de los números de página, lo que transmite al lector la sensación de una literatura oprimida cuya fuerza empuja a cuestionar los grandes titulares y el paso del tiempo, que en un libro viene determinado por el discurrir del espacio a través de sus páginas. Ante estos grandes titulares, el poeta emerge y construye su discurso histórico como hombre, con una voz expresionista y mesiánica que exige justicia, porque a León Felipe parece habersele revelado la clave para la rebeldía del hombre en el mundo. Revelación y rebeldía, que parecen ser el motor de este poema de largo aliento, porque a pesar de que el libro está compuesto por muchos, en realidad es uno solo que se justifica en la necesidad de ser enunciado, como una elegía, aunque el propio autor prefiera titularlo “poema trágico español”.

La metáfora es la figura retórica que prefiere León Felipe para transmitir el mensaje. Es, de hecho, el vehículo esencial para conducir la literatura a la Historia, y en concreto a la revolución. Es la razón para que el poeta sea un hombre de acción. Ese es precisamente el poeta prometeico que ensalza León Felipe en su *El payaso*, cuyo genio “es aquella fuerza humana y esencial que en los momentos fervorosos de la Historia puede levantar al hombre rápidamente”. La metáfora es vehículo de ida y vuelta entre la literatura y la Historia. La ida la ejemplifica el propio León Felipe cuando advierte que tanto Edipo como Don Quijote se les escaparon a Sófocles y a Cervantes y se metieron “de rondón” en la Historia. Para la generación actual, para los lectores de hoy, Edipo y Don Quijote no son tanto personajes literarios como personajes históricos, de tal forma que Sófocles y Cervantes “no son más que meros cronistas”. La vuelta, se produce al equiparar los diferentes sucesos históricos con la metáfora que debe descifrar el poeta, una metáfora que “suele existir como un símbolo y es comúnmente la conciencia de un grupo de hombres personificada en un héroe imaginario, nacional o universal”.

Como podemos observar, León Felipe retorna una y otra vez a las mismas constantes: las variantes del hombre como sujeto individual y comprometido, y como sujeto colectivo que representa a la humanidad; la metáfora como herramienta esencial del poeta prometeico para trasladar la literatura a la Historia, y viceversa; el objetivo de la revolución como forma de encontrar justicia. Pero sigamos haciendo hincapié en la metáfora que propugna León Felipe. Dice que el poeta prometeico debe originar las grandes metáforas, y enumera: sociales, humanas, históricas y siderales. Nos interesa detenernos en esta última metáfora, sobre la que afirma el propio poeta: “Con su sangre el hombre puede negociar con los hados, derribar las sombras, desbaratar el signo de las estrellas y producir la gran metáfora sideral”. La metáfora sideral, no cabe duda, se refiere a la relación del hombre con esa representación que podríamos llamar Dios. Ya había dicho Luis Rius en su encomiable biografía *León Felipe, poeta de barro* (1968), que a diferencia de otra poesía religiosa española, la de León Felipe no asciende

hacia Él, sino que tira de Él hacia la tierra y que es en esta pasión de terrenalidad donde debemos descubrir el significado espiritual de su poesía. León Felipe advierte en uno de los primeros poemas de *El payaso* que toda revolución se debe hacer mirando hacia arriba y no mirando solamente a la tierra, hacia arriba encontrará el “gran ideal indeleble y eterno del hombre”. Si volvemos sobre la metáfora sideral, podemos observar en la definición tres palabras que delimitan un campo semántico: sangre, sombras y estrellas. En estos tres conceptos encontramos el núcleo del diálogo que se produce entre la obra de León Felipe y una parte de las ilustraciones que Emiliano Gironella Parra realiza en esta edición, en concreto la que se acerca más a un arte abstracto. Por tanto, Gironella plantea la ilustración del libro a través de dos tipos de representaciones. Por un lado, están aquellas más abstractas, son de gran tamaño, se disponen por entero en las páginas impares de la obra, monotipos formados por pigmentos sobre el papel, formaciones de manchas blancas y rojas sobre un fondo negro —estrellas, sangre y sombra—, son metáforas siderales que el lector puede fácilmente reconstruir o intuir tanto con el tenor del texto como en relación con el otro grupo de ilustraciones. Por otro lado, están otras ilustraciones más figurativas, realizadas con la técnica de punta seca, de tamaño mucho menor, que se sitúan —salvo una de ellas— en las páginas pares del libro; son dibujos realizados con tinta negra, que se insertan en la caja tipográfica correspondiente al contenido del poema, el trazo es nervioso, precipitado, frenético, algo que se puede apreciar mejor en las sombras de los propios dibujos. En realidad, para el lector, la abstracción no es completa porque las imágenes creadas bajo este estilo se corresponden en la forma y en el título con las otras ilustraciones que son más figurativas, a excepción de una de las primeras que no tiene correspondencia con otra de estas últimas, aunque se puede apreciar a un supuesto pescador de caña bajo el amparo de una bandera de Inglaterra. De hecho, Gironella hace una relación de todas las ilustraciones al final del libro. La correspondencia, por ejemplo, la podemos observar en la imagen del Cristo arrodillado y clavado en la cruz —que Gironella llama *Carne crucificada*—, representado en el poema “El poeta prometeico”. Tanto la

abstracta como la figurativa se reproducen en un momento intenso del poema, justo después de que el autor se pregunte tres veces por qué y, después de unos puntos suspensivos, afirme que “nadie le responde”. Es la esencia de la metáfora sideral. El Dios se hace hombre —Cristo crucificado, en abstracción cósmica y en figuración nerviosa—, porque “mientras tenga su sangre y su carne sensible y tendida a todas las tragedias, tendrá una moneda para comprar el silencio de los dioses. . . . Y un día los dioses, cuando se creen ya bien pagados, dicen su palabra por la boca misma del hombre”. Las ilustraciones de Gironella se convierten a su vez en metáforas de las metáforas creadas a partir de las palabras de León Felipe, el paso de la abstracción a la figuración es la mejor forma que ha encontrado el artista plástico de plasmar el tránsito de la literatura a la Historia. El lector está de enhorabuena, sobreestimulado, podrá leer que “No hay profetas divinos” y que la voz de estos “es la que tiene más sabor de barro, de *barro*”, porque “la voz de los profetas es el grito dolorido de la tierra ultrajada”, mientras observa la representación de la cara de un hombre con los ojos muy abiertos, algo tristes, y sin cerebro ni boca. Esa misma Cruz la podemos ver en la imagen formada horizontalmente por dos manos que se estrechan —¿la España invasora y la “pacífica” Inglaterra?— y son atravesadas por una espada... “Sola y en cruz. España-Cristo/ —con la lanza cainita clavada en el costado—/ sola y desnuda —jugándose mi túnica dos soldados vesánicos—./ Sola y desamparada —mirad cómo se lava las manos el Pretor—./ Y sola, sí, sola”. Las referencias a la composición del cosmos, a la dimensión sideral, al brillo y orden de las estrellas, o a ese universo arbitrario y que forma parte del hombre, son recurrentes en toda la obra de León Felipe. El propio poeta signa en las estrellas esa luz que es necesaria que se apodere el hombre —¿arrebatándosela a los dioses?—. En “El poeta prometeico”, incluso, se cita así mismo, a través de unos versos del poema “La insignia”, recitado en el Teatro Metropolitano de Barcelona, en 1938, en plena Guerra Civil: “Estrellas,/ sólo estrellas,/ estrellas dictatoras nos gobiernan./ Pero contra la dictadura de las estrellas, la dictadura del heroísmo”. Esta es la razón por la que emprender la metáfora sideral de la que previamente hemos hablado. El sim-

bolismo de las estrellas comienza a transformar su significado a lo largo del poema; así, en “El payaso tiene la palabra”, las estrellas son actrices en el paso de la divinidad a la humanidad, caracterizada por la palabra, como demuestra el siguiente verso: “aquí, donde las estrellas rompen a veces su silencio también”. En ellas versa León Felipe toda la esperanza porque “las estrellas no duermen”; la esperanza no en España que representa el hecho injusto en concreto y de la que afirma en “Oferta” que es capaz de cambiar “por una gota de luz,/ toda la sangre de España”, sino sobre todo la esperanza en el destino de toda la humanidad: “y bajo los dioses y los astros/ levanto hasta los cielos esta oferta:/ Estrellas: vosotras sois la luz./ La Tierra, una cueva tenebrosa sin linterna/ y yo tan sólo sangre”. De nuevo, el trinomio estrella-sombra-sangre, los elementos que a su vez, y de manera tan acertada, recoge Gironella para construir sus pinturas más abstractas, en donde la sangre y la luz, el rojo y el blanco, se proyectan sobre un fondo tenebroso, negro, para sugerir lo que en el dibujo figurativo el artista deja más claro.

El diálogo que mantienen las imágenes con la poesía potencian la sensación de que estamos ante un libro vivo, “una hoguera donde yo he ido echando viejas y recientes experiencias”, según señala el poeta en el preliminar del libro que, por cierto, en la primera edición se denominó “Estética” y en esta última quedó sin título. Quemar para ofrecer luz a los hombres, arrojar al fuego las derrotas para que sean las luchas las que brillen. Los poemas de León Felipe siguen vivos en cuanto reflejo para el hombre actual que debe rebelarse ante las injusticias, y se refuerzan en esta edición con las ilustraciones de Gironella, que ofrecen nuevos prismas sensoriales para el lector. Es así, como lectores, que debemos agradecer a El Colegio de México que haya promovido la vigencia de tan importante obra poética, sin escatimar en medios materiales. Poesía, ilustración y tipografía, empeñadas en dotar de fuerza un mensaje universal y humano de justicia en un presente que tanto lo necesita.

Conrado J. Arranz